

simplemente se preocupa más por un pequeño grupo de personas. Quizá no sea contrario a la razón, sino de alguna manera un hecho natural, el que veamos la fuerza de nuestras obligaciones hacia otros como si dependiera de su cercanía a nosotros en relaciones de afecto o de compromiso. Mientras más lejos estén otras personas del agente, menor parece ser la obligación de actuar en su beneficio, nos diría la moralidad del sentido común, y no es claro por qué esto se va a considerar como un rasgo de irracionalidad. Estas objeciones nos hacen dudar acerca de las conclusiones a las que Nagel quiere llegar: que todas las razones prudenciales y morales para actuar tienen que ser impersonales y atemporales, esto es, que todas estas razones tienen que ser objetivas. Sin embargo, sospecho que Nagel nos podría decir que en el caso de estas razones subjetivas (como son las que están detrás de las relaciones personales), corresponden a razones objetivas, lo que tal vez nos daría un sistema de razones más complicado, pero seguiría defendiendo la tesis racionalista y la posibilidad del altruismo.

7. Quizá lo más impresionante del libro de Nagel sea la forma en que desarrolla sus razonamientos, la manera en que poco a poco va construyendo su defensa de la posición racionalista, del objetivismo y de la posibilidad del altruismo, al mismo tiempo que va derribando una a una las objeciones que le presentaría la teoría humeana, argumentando en contra del subjetivismo moral y del egoísmo psicológico. Por la solidez de sus argumentos y la originalidad de sus posiciones, el libro de Nagel ha influido sobre las discusiones de estos temas a lo largo de más de treinta años. Sin embargo, en el mundo filosófico hispanoparlante estos temas han sido muy poco debatidos, cuando no simplemente ignorados. Es de aplaudirse que al fin este libro sea publicado en español, creo que va a ser muy benéfico para la discusión de temas de ética en nuestro medio. *La posibilidad del altruismo* es un libro que muy bien puede ser usado en cursos de ética o que puede leer con mucho provecho gente no especializada pero interesada en estos temas. Se trata sin duda de una de las obras más importantes en la discusión ética reciente, escrito por uno de los más influyentes filósofos contemporáneos. Aunque suene a lugar común en una reseña, habría que decir que nadie que esté seriamente interesado en la ética, y en particular en discusiones de metaética, puede dejar de leer este libro.¹

GUSTAVO ORTIZ-MILLÁN

Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
 gustavo@filosoficas.unam.mx

Elisabetta Di Castro y Guillermo Hurtado (coordinadores), *Pensar la filosofía*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2004

La obra *Pensar la filosofía* presenta ensayos filosóficos de dieciocho jóvenes filósofos provenientes de tradiciones distintas y de formas diferentes de ver la filosofía que se reunieron en el Vivero Alto de la Universidad Nacional Autónoma de México

¹ Agradezco a Faviola Rivera sus comentarios a una versión anterior de esta reseña.

(UNAM) para discutir acerca del estado actual de la filosofía. Por razones de espacio no voy a referirme a cada uno de los textos, sino a lo que, a mi parecer, representa el libro en general. Tampoco elegí algunos en particular porque todos me parecieron lo suficientemente buenos como para que se justificara una selección. Esta obra, tal como lo comentan Guillermo Hurtado y Elisabetta Di Castro en la presentación, se deriva de una reunión organizada

para reflexionar sobre nuestra disciplina en un momento en el que las corrientes, las disputas y las dicotomías del siglo XX parecen, a muchos de nosotros, periclitadas o, por lo menos, en necesidad de una profunda revisión [...]. La reunión tuvo un propósito extra filosófico no menos importante que el anterior: estrechar los vínculos entre profesores e investigadores de las últimas generaciones. Con este fin, nos reunimos a dialogar en torno a lo que pudo haberse pensado era lo que más nos dividía: nuestras concepciones de la filosofía.

Al final del texto retomaré esta idea: “dialogar en torno a lo que pudo haberse pensado era lo que más nos dividía”. Quiero señalar que los textos están ordenados por estricto orden alfabético, lo que, como interesada en problemas de justicia distributiva, tengo que alabar, pues ello garantiza la imparcialidad.

Ahora bien, ¿por qué pensar la filosofía? Una respuesta posible es porque aún está viva y goza de relativa salud. Juan Nuño, uno de los más prolíferos ensayistas y filósofos venezolanos del siglo pasado, en su libro *Los mitos filosóficos*, nos dice:

Si de un siglo acá una institución se ha empeñado en anunciar su muerte, ninguna como la filosofía. Más que un largo aviso, una cadena de proclamadas defunciones, tan recurrentes que bien pudiera hablarse de una extraña propiedad: palintanasia. Morir una y otra vez convoca a la resurrección menos continua. La filosofía ha muerto, descubre sin mayor propiedad el profesional, para registrarse de inmediato la inocuidad del óbito, uno más sin consecuencias, en un tiempo no indigente de cadáveres ilustres. Además de retórica, la muerte de la filosofía vive la muy conocida paradoja que alimenta el vivificante asesinato: cada puñalada asestada en el *corpus philosophicum* abre una nueva arteria vital. Al menos desde Hegel, de muerte en muerte, se acumulan células reproductoras para engrosar las adiposidades metafísicas. Morir para seguir viviendo, ya que no reinando, pareciera ser la noble divisa. De estar blasonada, el lema de su escudo, remedando al de Austria, proclamaría: *Tu felix Philosophia, mori.*²

El libro que reseñamos es precisamente una muestra de la variedad de arterias vitales que aún tiene la filosofía, y esto es de celebrarse, porque por fortuna los autores de los textos tienen mucho tiempo para retrasar, por lo menos en nuestro país, la muerte de nuestra disciplina.

Sin embargo, es importante señalar que la idea de Nuño no está lejos de la advertencia que Guillermo Hurtado nos hace en el libro, refiriéndose, como es obvio, a la filosofía, cuando nos dice:

² Juan Nuño, *Los mitos filosóficos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985 (Cuadernos de la Gaceta), p. 9.

el encasillamiento, aunque se anuncia como una sana especialización, acaba siendo empobrecedor, asfixiante [. . .]; sin un diálogo alrededor de ciertas problemáticas compartidas no puede haber una comunidad filosófica, y sin ella, la labor individual, incluso la de mejor factura, se hunde, tarde o temprano, en el pantano de la indiferencia o del olvido. (p. 63)

Ahora bien, quisiera comentar dos aspectos que me llamaron la atención: por un lado, la pluralidad de las posiciones, y, por el otro, los acuerdos que encontramos en los textos.

Sobre la pluralidad es conveniente señalar que, afortunadamente, vivimos en una época en la que la tolerancia es un valor, aunque por desgracia a veces no se practique. Es importante destacar que entiendo la tolerancia no como indiferencia, sino como un respeto a posiciones con las que puedo no estar de acuerdo pero percibo que en ellas hay cierto valor. Tomando de una manera *laxa* una idea de John Rawls, las filosofías distintas son doctrinas comprensivas razonables. Esto significa que son ejercicios de la razón teórica, que abarcan los aspectos filosóficos más importantes de manera más o menos consistente y coherente; organizan y caracterizan valores reconocidos, de modo que sean compatibles unos con otros y expresen una concepción inteligible del mundo y, por último, aunque una concepción comprensiva razonable no es por fuerza algo fijo e inmutable, por lo general pertenece a una tradición de pensamiento y de doctrina, o deriva de ella. Y aunque permanece estable a través del tiempo y no está sujeta a cambios súbitos e inexplicados, tiende a evolucionar con lentitud a la luz de lo que, desde su punto de vista, considera buenas y suficientes razones.³

En el libro encontramos ideas surgidas de doctrinas comprensivas razonables diversas. Son ejemplos la de la lógica como herramienta para plantear preguntas y resolver cuestiones filosóficas, para evaluar premisas, fuentes e inferencias; la de la filosofía como una red de relaciones conceptuales y críticas, como un demonio que nos obliga a plantear preguntas sin tener la posibilidad de responderlas, o como la búsqueda de valores y también —¿por qué no?— del ser. La filosofía puede ser, asimismo, un ejercicio de autocontrol; un espacio interdisciplinario, por ejemplo, entre la ciencia y el derecho; o una creación y crítica de conceptos; puede ser también una forma de recrear la historiografía, o bien un diálogo que da fuerza a las palabras del otro. La actividad filosófica puede parecerse a la del zorro que sabe muchas cosas y ataca desde distintas posiciones, o a la del erizo, que sólo sabe una gran cosa y la protege con todas sus espinas. Esta idea de Isaiah Berlin está desarrollada en el texto de Pedro Stepanenko.

Todas estas posiciones se encuentran en los textos de la publicación que aquí se reseña. Ahora bien, la pluralidad no es consenso; esto nos lo advierte Elisabetta Di Castro cuando, citando a Rescher, afirma:

El acuerdo no es algo que podamos esperar [. . .]. Por siglos, la mayoría de los filósofos que han reflexionado sobre la cuestión han sido intimidados por la lucha de los sistemas. Pero ha llegado el momento de dejar eso atrás; es

³ Cfr. John Rawls, *Liberalismo político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 75–76.

decir, no la lucha, la cual es interminable, sino la necesidad que sentimos de terminarla de alguna manera [...]; las posiciones filosóficas están destinadas a reflejar los valores que sostenemos. (p. 37)

A pesar de esto, el propio John Rawls, una vez más usando sus ideas de una manera *laxa*, pensó que las doctrinas comprensivas razonables no podían convivir si no podemos encontrar un consenso traslapado, es decir, un consenso sobre ciertas concepciones básicas que todos compartimos independientemente de las doctrinas comprensivas razonables que sostengamos. Utilizando los conceptos mencionados de Rescher, la posibilidad que tenemos de reflejar distintos valores radica en la que tenemos de compartir otros.

Veamos ahora lo que, a mi entender, comparten los autores de los ensayos que aparecen en el libro. Hay una preocupación por la ausencia de un diálogo constante entre los miembros de la comunidad filosófica, lo cual se refleja en la escasez de eventos como los que dieron origen a la obra que nos ocupa. Pero también se refleja en lo poco que nos leemos, nos citamos o nos reseñamos. Hay una amplia coincidencia en que, si bien la filosofía es una actitud reflexiva e introspectiva, es necesario que sea dialógica. Esto último no debe darse exclusivamente entre pares, sino también entre profesores y alumnos. Del mismo modo hay acuerdos acerca del papel de la filosofía como apertura de mundos y actitudes ante la vida; los filósofos no dejamos nuestra profesión una vez que llegamos a casa. Se deja ver en los textos que la filosofía es asombro y que de éste surgen preguntas. Cómo las planteamos y resolvemos es asunto de las doctrinas comprensivas. En todos los textos, de una manera u otra, aflora la idea de que lo más alejado de la filosofía es el fanatismo. Esto se expresa con toda claridad en la cita de Strawson a la que hace referencia Efraín Lazos: “Sólo la filosofía se puede jactar (y tal vez no es más que la jactancia de la filosofía) de que su mano gentil puede erradicar de la mente humana el principio, latente y mortal, del fanatismo” (p. 82).

Para terminar retomaré la idea de que el encuentro tuvo por objeto “dialogar en torno a lo que pudo haberse pensado era lo que más nos dividía”.

Por lo que se percibe en el libro, el pluralismo no es el causante de la división. Éste, como ya lo mencionamos, es prueba de salud mental filosófica. Sin embargo, hay una percepción de que hay “algo” que nos divide. No es mi intención ser moralista, pero me parece que el peligro que enfrentamos es la utilización del pluralismo como arma de poder. Con frecuencia la filosofía se usa para descalificar a los demás, como arma para buscar espacios y ganarlos, como medio para apropiarse de la “verdadera y única” interpretación de la obra de un autor, como la única forma legítima de tratar una disciplina filosófica.

Con ello no quiero decir que podemos descuidar la seriedad de nuestra disciplina; esta preocupación se percibe en todos los textos. Debemos hacer bien las cosas, pero igualmente debemos eliminar las creencias en verdades únicas; es decir, debemos erradicar los fanatismos.

Por otra parte, creo importante mencionar que muchas de nuestras actitudes surgen, se refuerzan y se promueven por la forma en que, mediante sus mecanismos de evaluación, operan las instituciones educativas en nuestro país. Este hecho lo vio Rousseau con toda claridad en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, cuando nos explica cómo las instituciones “moldean” las actitudes de las personas.

Estoy convencida de que reuniones como las que dieron origen a este libro deben continuar; quizá no estaría mal que, así como aquella reunión tuvo como criterio de selección la edad de los participantes, se pudiera organizar otra en la cual la pluralidad incluya también las edades. Muchos lo celebraríamos. El diálogo, pues, debe seguir y creo que es la única manera de combatir los problemas mencionados y de promover la existencia de una comunidad filosófica. Deseo felicitarlos a todos los que publicaron sus textos y, en especial, a Guillermo Hurtado y a Elisabetta Di Castro.

PAULETTE DIETERLEN
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
paudie@filosoficas.unam.mx